

Reinventar abuelidades

por Mabel Burin

Homenaje a mi madre, fallecida hace poco, que pudo hacer de sí una buena abuela. Y a mi nieta Laia, nacida hace poco, con quien estoy tratando de hacerme abuela.

Genealogía de mujeres en el que el género y la generación enmarcan una historia y un devenir....

Esta será una propuesta de construcción de abuelidades a partir de nuestras posiciones genéricas y nuestros vínculos. Estoy partiendo de la premisa de que podemos construir y reconstruir nuestras subjetividades a lo largo de nuestras vidas. Para ello, he de proponer la construcción de la abuelidad a partir de un momento del ciclo vital que no corresponde a una franja etárea determinada, ya que podemos ser abuelos siendo cuarentones si nuestros hijos, aún adolescentes o muy jóvenes, son padres, o siendo setentones, si nuestros hijos postergan paternidades y maternidades hasta bien entrada su adultez, como es frecuente en la actualidad entre las mujeres que se inician en la maternidad entre los 35 y lo 40 años. En estos casos ocurre algo, un acontecimiento, una alteridad quizá imprevisible, la llegada de alguien novedoso, que puede –quizá diría debe- causar algo distinto, un impacto de cambio , de transformación entre quienes lo reciben. Entre ellos, estamos nosotros, los abuelos y las abuelas.

Hoy voy a hablar como abuela reciente. Hablo no solo como psicoanalista comprometida con el estudio de la construcción de subjetividades genéricas, sino también con mi propia construcción y reconstrucción subjetiva a partir de mi condición de abuela de una encantadora niñita que ahora tiene 2

años, quien además de ofrecerme muchas alegrías también me ha promovido hondas reflexiones acerca de esta nueva posición subjetiva, la de abuela. No me voy a referir a las perspectivas más tradicionales sobre la abuelidad, que la describen como una duplicación, en versión actualizada y a menudo reparatoria, de conflictos edípicos y preedípicos que pudimos haber vivido a lo largo de nuestras experiencias parentales. Tampoco me referiré a las abuelidades siniestras, como las de la mítica figura del lobo feroz ante Caperucita Roja como la otra cara, envidiosa, devoradora y codiciosa de la tierna abuelita de la niña. Ni tampoco a otras figuras malévolas de abuelidades incestuosas, o violentas y abusadoras de sus nietos. Ni, como contraposición a estas figuras horribles de la abuelidad, analizaré hoy las imágenes de las abuelidades heroicas, ejemplares, uno de cuyos paradigmas existe entre nosotros como las Abuelas de Plaza de Mayo.

Hoy me voy a referir, en cambio, a la abuelidad como experiencia subjetiva ante un acontecimiento: el encuentro con alguien distinto, que nos promueve vínculos singulares, y que en mi caso personal ha motivado movimientos y desplazamientos subjetivos que quiero transmitir hoy a uds.

Como podrán apreciar, hablar de la abuelidad suele provocar movimientos de simpatía, generalmente acompañados por sonrisas amables que promueven la ilusión de que sólo pensamos en experiencias agradables y placenteras. Sin embargo, como todo vínculo, contiene una variedad de desarrollos afectivos y deseantes, o sea, movimientos pulsionales que hacen que los sujetos involucrados se acerquen y se alejen en diversos vaivenes subjetivos.

Claro que también hay abuelidades inmovibles, impertérritas, que no parecen registrar ninguna afectación, ya sea porque la experiencia encuentra a las personas sumidas en condiciones subjetivas impenetrables, a veces por efecto de condiciones traumáticas previas, que colocan a estos abuelos, decepcionados, en posiciones subjetivas de indiferencia.

Pero quiero referirme a los modos habituales de figuración (Braidotti), en el caso de las mujeres con la abuelidad en que podemos encontrar la

coexistencia de representaciones subjetivas tradicionales (con predominio del vínculo cuerpo a cuerpo con los nietos, con mucha presencia física, con preferencia por los vínculos afectivos intensos) con las más innovadoras (con gran distancia física, incluso a menudo viviendo en países diferentes, con vínculos a predominio racional más que afectivo) y con aquellas transicionales, que participan de algunos rasgos de las más tradicionales y otras de las innovadoras. Entre las abuelas más tradicionales encontramos una estructura deseante guiada por un único deseo hegemónico, organizador de las diferencias entre, por ej., tener o no tener, fálico- castrado, género femenino – género masculino. Entre las abuelas transicionales y las innovadoras también podemos hallar los así llamados deseos nómades deseos variados, diversos, que incluyen experiencias a partir de representaciones genéricas variadas, no dicotomizadas femeninas o masculinas; así como deseos que habrán de ser desplegados mediante representaciones no sólo en el ámbito privado, como en las abuelidades tradicionales, sino también en el ámbito público, no en un único espacio subjetivo y social, sino en todos aquellos que enriquezcan el vínculo entre abuelas y nietos. Son deseos sin un centramiento, sin una focalización estricta, que fluctúan entre diversos objetos.

Entiendo que muchas mujeres que se encuentran con la experiencia de la abuelidad según esta modalidad deseante pueden inscribirse dentro de lo que una filósofa italiana, Rosi Braidotti, caracteriza como sujetos nómades, con la desestabilización genérica propia de la posmodernidad a la cual se refiere otra filósofa, Judith Butler. Son subjetividades marcadas no por la falta de deseo que suele atribuirse a los sujetos posmodernos, sino a deseos múltiples, yo diría flotantes, y fuera de foco, dispuestos a hacer inversiones también variadas, diversas, no sobre un único objeto, en eso son distintas de las subjetividades de las abuelas tradicionales focalizadas y con autocentramiento en los nietos. Sin embargo, he de advertir que entre este grupo de abuelidades transicionales e innovadoras, también he hallado mujeres localizadas alrededor de nuevas configuraciones deseantes, entre las cuales puedo detallar algunas que creo son más destacables:

- a) **El deseo de poder** desplegado en vínculos, tanto dentro del mismo género femenino (por ejemplo en el núcleo abuela – madre – nieta)

como entre los géneros (por ejemplo abuela – abuelo). Los hallazgos novedosos incluyen las tensiones y conflictos no sólo por aquello denominado clásicamente “el bien fálico”, que en este caso sería el nieto o la nieta, según una cultura falocéntrica que suponía a su vez una rígida diferenciación en las áreas de poder: para ellas el poder afectivo, para ellos el poder racional y el económico. En estos novedosos grupos de abuelas estamos asistiendo a una pulverización de aquellos estereotipamientos genéricos, con entrecruzamientos variados en las relaciones de poder entre los géneros y también entre las generaciones.

- b) El ideal de justicia** que incluye no sólo la así llamada “justicia de género”, sino también la justicia de las multiplicidades, de las diversidades, con nuevos dispositivos éticos, que a su vez ofrecen novedosos criterios estéticos acerca de la belleza. Por ejemplo, la conjunción de reivindicaciones éticas con estilos de figuración en el ámbito público de las Abuelas de Plaza de Mayo generan criterios de belleza sobre la base de afinidad con un ideal, en este caso el de justicia por la recuperación de los nietos, que enciende su subjetivación e ilumina de modo singular su inscripción en el ámbito público.
- c) Pero hay otros ideales** que estas subjetividades sostienen en el contexto de sus vidas privadas, con localizaciones precisas, como en el campo de la sexualidad. Me refiero a un grupo generacional que se juventud ha participado de lo que en los años 60 se denominó “la revolución sexual”, que si bien a la luz de la evocación pudo no haber resultado demasiado revolucionaria, sin embargo permitió una ampliación del repertorio deseante en el erotismo de este grupo etéreo. En este terreno, ha existido un doble código de apreciación sobre los destinos de la sexualidad humana, como bien lo ha descrito la socióloga e historiadora Susan Sontag, en el cual para las mujeres el destino principal habría sido el de la sexualidad reproductora, y el deseo de hijo según los discursos patriarcales falocéntricos. Pero este grupo de mujeres han construido otros deseos como constitutivos de su subjetividad, más allá del deseo maternal, de modo que para ellas sigue vigente el interrogante sobre el destino de sus deseos eróticos más allá de su ciclo reproductivo.

Como ustedes pueden apreciar, se requiere de un cambio en las mentalidades que promueva nuevos criterios estéticos acerca de la belleza, de la justicia y de las relaciones de poder para sostener vínculos fecundos. Estoy utilizando el sentido meltzeriano del término, tal como lo propone Donald Meltzer, un psicoanalista inglés para quien el criterio de belleza se basa en la afinidad y en sentirse reconocido con / por otro que nos devuelve una imagen grata de una misma. En contraposición; conocemos criterios que representan como obscena (fuera de la escena) la sexualidad de la gente mayor, o con discapacidades físicas o mentales, o gente obesa...como si aquellos que pudieran disfrutar de las representaciones eróticas siempre tuvieran que ser jóvenes, flacos, lindos, sanos y ricos!

O sea que, como he querido destacar, estoy pensando en sujetos nómades pero situados a la vez. Mi formación feminista me lleva a pensar, como problemas teóricos, pero también dentro de la clínica psicoanalítica, acerca de la genealogía de las mujeres en las familias. Existe una clásica contraposición en la historia que se construye sobre el género masculino en que, por lo general se lo enmarca en el ámbito público, mientras que las mujeres deberíamos buscar en nuestras vidas privadas quiénes fueron nuestras precursoras. Para ello solemos rastrear en nuestras abuelas y otras mujeres de nuestra familia. En la actualidad, con la extensión de la vida hasta edades cada vez más avanzadas, también hay bisabuelas que narran sus historias. Todas ellas pudieron haber suministrado propuestas identificatorias para establecer identificaciones tempranas como base de nuestros deseos. Nuestro proyecto feminista habrá de incluir, entonces, los criterios de “empowerment”, esto es, de potenciación de nuestras capacidades deseantes. Quizá para ello deberemos atravesar algunas barreras, que en otros momentos caractericé como “muros de cristal”, como paredes invisibles, difíciles de percibir y también difíciles de resquebrajar, que en nuestra cultura patriarcal tiende a separar a las mujeres alejándolas de proyectos comunes más allá de los tradicionales acerca de la crianza y que en este caso podrían llegar a separar a las generaciones. Quiero suponer que si bien esos muros existen y nos preceden en tanto género femenino, nos corresponderá no sólo la

percepción y la denuncia de los mismos, sino también crear dispositivos activos para atravesarlos. Quizá todavía no los hemos podido resquebrajar del todo, pero sí podríamos intentar lograr mejores encuentros intergeneracionales para que estos muros ni siquiera se construyan. En mi caso, he encontrado que hubo un movimiento pulsional deseante que ligó a las mujeres de mi familia a lo largo del último siglo, y que estuvo dado por la palabra escrita de modo que mi madre, yo, mi hija y mi nieta, aunque todavía chiquita, hemos participado de ese hilo sutil que nos vincula, y crea y recrea, una y otra vez, la emoción de la palabra escrita. Cuando analizo este aspecto de nuestro vínculo coincido con Rosi Braidotti en que participamos de la condición de ser sujetos políglotas, utilizando una variedad de lenguas, dialectos, idiomas, no siempre comprensibles para otros, y ni siquiera con la ilusión de que siempre nos entendamos entre nosotras, pero que respetamos y cultivamos, porque sabemos que ellas portan alguna historia, a la cual debemos dar significación.

¿Existe una función de abuela que debe ser desempeñada según ciertas prescripciones prediseñadas, entre ellas las prescripciones de género sobre una “abuela suficientemente buena”, parafraseando el requisito de Winnicott sobre una “madre suficientemente buena”? Existe una misión de transmisión como sostienen varios autores, entre ellos René Kaes, para analizar los vínculos entre generaciones?

¿En qué consiste la experiencia de la transmisión? se transmiten conocimientos, saberes, no siempre con palabras plenas de sentido, a menudo balbuceamos intentando aproximarnos con el lenguaje a vivencias son difíciles de expresar con los códigos vigentes, utilizando palabras que son, como en la experiencia psicoanalítica, el contenido manifiesto de un discurso, esperando que puedan interpretarnos también el contenido latente de lo que decimos, eso también se pone en juego en la abuelidad, cuando tratamos de transmitir algo a las generaciones siguientes.

Una preocupación creciente en las perspectivas actuales sobre género es encontrar nuevos recursos de nominación y también de representación de las nuevas subjetividades femeninas, lo que Donna Haraway caracteriza como “nuevas figuraciones feministas” para representarnos. Entiendo que este es un nuevo campo en el cual desplegar las actuales **áreas**

**de poder.** Así como en los comienzos de los estudios feministas denunciábamos y reclamábamos por nuestros derechos en la sexualidad, en el trabajo, en las relaciones igualitarias entre los géneros, actualmente entendemos que **todavía son pocas las mujeres que gozan de posiciones de poder simbólico**, esto es, de una posición que les permita sistematizar, codificar, y transmitir sus propios desarrollos intelectuales, y que éstos obtengan reconocimiento público, y no sólo dentro del pequeño universo del entorno habitual. Claro que para esto, las nuevas subjetividades femeninas **habrán de reconsiderar su propia relación con sus deseos ambiciosos**, y con cierto modo de ejercicio del poder afectivo que hasta ahora ha sido paradigmático de la constitución de la subjetividad. O sea, creo que lo que habremos de poner en crisis es lo que podríamos llamar “políticas de la subjetividad”. Al decir de R. Braidotti, el reconocimiento simbólico al que aspiran hoy las feministas es tener derecho a elaborar sus propias formas de discurso científico, y que éstas sean reconocidas como científicas (y no como construcciones ideológicas, o políticas, como lo que fue al comienzo de las teorías feministas). Esto es aplicable al discurso de las que vamos siendo abuelas formadas por el feminismo de décadas anteriores: seremos capaces de transmitir y reinventar a la vez nuevas subjetividades femeninas, masculinas, y las que vengan, no en nombre de un mero ejercicio de la voluntad, sino gracias al proceso de deconstrucción de las muchas significaciones y representaciones que podemos otorgar a los sujetos varones y mujeres hoy en día?

Según René Kaes, en su texto sobre “Transmisión de la vida psíquica entre generaciones” (Amorrortu, 1996), esto formaría parte de los legados intersubjetivos que contribuyen a nuestra constitución como sujetos. En palabras de Kaes, existiría una necesidad, perentoria, imperativa, de transmitir, y tal necesidad “...es el resultado de exigencias pulsionales inconcientes, en las que prevalecen a veces las exigencias narcicistas de conservación y continuidad de la vida psíquica, a veces las del Ideal del Yo y del Superyo...”. En la teoría freudiana no existe una referencia a esto que Kaes caracteriza como “pulsión de transmitir”, pero se hace alusiones a ella cuando se refiere a las pulsiones de vida, en el contexto de pulsiones de conservación de la

especie (Freud, S.: Esquema del psicoanálisis, 1938, Obras Completas). También entre los escritos freudianos acerca de la transmisión podemos destacar su obra sobre “Moisés y el monoteísmo”, donde parece proponer una memoria sostenida por el discurso circulante entre los miembros de un grupo, que sería paralela a la que cada uno de los sujetos del grupo refiere para sí. La psicoanalista francesa Piera Aulagnier (La violencia de la interpretación, Amorrortu, Bs., As., 1975) incluirá dentro de esta transmisión al contrato narcisita que tiene todo grupo para incluir a sus miembros mediante la catectización de su discurso, gracias a lo cual el sujeto adquiere enunciados, se apropia de una historia y confía en una futuración. En la representación de este tiempo venidero, señala esta autora, el sujeto tiene “ la ilusión de que una nueva voz volverá a dar vida a la mismidad de su propio discurso, que de esta manera podría escapar al irreversible veredicto del tiempo”. Por mi parte, considero que estas representaciones pueden padecer de discontinuidades y quedar a veces truncas, a veces ser espasmódicas, para lo cual las figuras de los muros de cristal pueden resultar buenas ilustraciones de estas discontinuidades y de los obstáculos en la transmisión.

Como habrán podido apreciar, he tratado de contribuir al estudio de las abuelidades con hipótesis psicoanalíticas provenientes de la teoría vincular, de la teoría de las identificaciones tempranas y de la teoría pulsional – deseante, entrecruzándolas con teorías feministas acerca de la constitución de la subjetividad femenina.

Este es mi análisis y estas son mis propuestas. Dejo un final abierto, con una pregunta: entre la esperanza y el desencanto, ¿seremos capaces de mantener vivos nuestros deseos de contribuir a vínculos intergeneracionales fecundos?

## **Bibliografía**

Braidotti, Rosi: Sujetos Nómades, Buenos Aires, Paidós, 2000.



Butler, Judith: "Problemas de los Géneros, teoría feminista y discurso psicoanalítico" en Feminismo/Posmodernismo. Buenos Aires, Feminaria, 1992.

Sontag, Susan: "Mujeres: un doble patrón para envejecer" en Revista Fem, Volumen IV, Nº24, México, 1982.

Meltzer, Donald:

Burin Mabel: "La relación entre padres e hijos adolescentes" en Burin M. y Meler I. : Género y Familia. Buenos Aires, Piados 1998.

Käes René: Transmisión de la vida psíquica entre generaciones. Buenos Aires, Amorrortu, 1996.

Winnicott, W: Realidad y Juego. Barcelona, Gedisa, 1972.

Freud, Sigmund: (1938) Esquema del Psicoanálisis, en Obras Completas, Buenos Aires, Amorrortu, 1980

(1939) Moisés y la religión monoteísta,

Aulagnier, Piera: La violencia de la interpretación, Buenos Aires, Amorrortu, 1975.